

DARÍO LÓPEZ R.

EL MENSAJE DE LOS PROFETAS

UNA VERDAD PÚBLICA



DARÍO LÓPEZ R.

EL MENSAJE DE LOS
PROFETAS

UNA VERDAD PÚBLICA



A los pastores Roberto Aldana y Carlos Napoleón Canizalez, dilectos amigos, compañeros de misión y profetas del Dios de la vida en la patria grande: América Latina.

Contenido

Prólogo	9
Capítulo 1: El mensaje social y político de los profetas.....	13
Capítulo 2: Misión y liberación	17
• Introducción	17
• Misión en un contexto de violencia.....	18
• Los falsos profetas y el pueblo cautivo.....	21
• Una esperanza que se teje desde la cautividad.....	24
Capítulo 3: Misión y justicia social	27
• Introducción	27
• Controversia entre Dios y el pueblo escogido	28
• El culto verdadero.....	29
• Justicia, misericordia y obediencia.....	31
Capítulo 4: La política del imperio.....	35
• Introducción	35
• El contexto histórico y la condición social de los vencidos	35
• La oferta social, política y cultural del imperio dominante	36
• La respuesta social y política de los vencidos.....	37
• Para seguir pensando colectivamente	38
Capítulo 5: Desde la hondura de la vida	41
• Introducción	41
• El contexto histórico sí importa	41
• Desde la hondura de la vida	42
• ¡No quedarse callados!.....	43
Capítulo 6: Religión y espacio público.....	45
• Introducción	45
• El mensaje de Amós	45
• Dos prácticas políticas distintas y distantes entre sí	47
• Las lecciones para este tiempo	54
Capítulo 7: Una verdad pública	55
• Introducción	55
• El mensaje de 1 y 2 Reyes	56

• La vocación profética	57
• Los señores terrenales	60
• La confrontación de poderes.	63
• La tarea para este tiempo.	67
Capítulo 8: Amor que libera	69
• Introducción	69
• Palabra de Dios, contexto histórico y condición humana	70
• Etnocentrismo, prejuicios humanos y voluntad de Dios	71
• Amor que libera de todas las opresiones.	72
Capítulo 9: Justicia ejemplar	77
• Introducción	77
• La soberanía de Dios y la historia de los pueblos	77
• Justicia de Dios, impunidad y sanción ejemplar	79
• El Dios de la Vida es Dios de todos los pueblos.	83
Capítulo 10: Eliseo: el sucesor de Elías	87
• Introducción	87
• El encuentro.	88
• Las decisiones	89
• El seguimiento.	90
Capítulo 11: Isaías: un profeta que incomodaba	93
• Introducción	93
• El llamado	94
• La respuesta obediente.	94
• La tarea profética.	95
Capítulo 12: Jeremías: llamado para perturbar	97
• Introducción	97
• El lugar y el tiempo.	98
• Un profeta de Dios	98
• Las excusas humanas	99
Capítulo 13: Amós: un profeta que desacomodó a los acomodados	101
• Introducción	101
• El lugar y el tiempo.	102
• El escenario público	102
• El juicio de Dios	105
Bibliografía	107

Prólogo

*Si el propósito hubiera sido expresar grandes ideas
la profecía tendría que haber sido aclamada como un gran triunfo.
No obstante, el propósito de la profecía es conquistar a la insensibilidad,
cambiar al hombre interior así como revolucionar la historia¹.*

— Abraham J. Heschel

*Ya quisiera que todos los del pueblo del SEÑOR fueran profetas
y que el SEÑOR pusiera su Espíritu sobre todos.*

— Nm 11.29 (NTV)

Con la excepción de una pequeña selección de textos, las palabras de los profetas bíblicos casi no se oyen desde los púlpitos evangélicos. Quizás en ocasiones se oye un pasaje que anuncia el arribo del Mesías prometido. O tal vez algún bocadillo inspiracional sobre cómo el justo vivirá por su fe. Las palabras de los profetas no son fáciles de domar y de convertir en prédicas que entretengan y arrullen a una congregación en busca de afirmación y pertenencia.

Pero el autor de este libro trata de manera muy diferente a las palabras de los profetas y a las personas a quienes dirige su mensaje. Como buen predicador (en el sentido del que escribió Escobar hace tantos años²), Darío López escucha muy atentamente, y con la ayuda

¹ Abraham J. Heschel, *Los profetas*

² “La predicación es un acto público por excelencia. Predicar es anunciar la Palabra de Dios y en esa naturaleza de anuncio está su carácter público. Quizás nosotros los evangélicos, refugiados en nuestra situación minoritaria o sumergidos en la atmósfera cálida de la comunión fraternal con su fácil aceptación mutua, olvidamos el carácter eminentemente público de la predicación, bien sea el anuncio profético en el Antiguo

del Espíritu del Dios de la Vida, las palabras inspiradas de los profetas y, a la vez, a las esperanzas y experiencias de sus oyentes. Con profunda percepción pastoral de su propio tiempo y lugar, los exhorta a reconocer su vocación profética y pública.

Porque los profetas fueron personajes públicos y sus discursos fueron —y deben seguir siendo— mensajes públicos, dirigidos a confrontar y movilizar no solo a los dirigentes, sino también a todo el pueblo de a pie (tomando prestada una frase de Darío López). Para su momento, fueron mensajes urgentes de Dios, mensajes punzantes que buscaban recordarle a un pueblo adormecido cuál era su identidad y su propósito. Ese mensaje también es urgente hoy.

De verdad hay que valorar cómo el autor invita a sus oyentes —ahora a nosotros, sus lectores— a ser parte de una conversación actual y movilizadora acerca de nuestra vocación profética y la voz pública de nuestras comunidades de fe.

Un mensaje que “arde en el corazón”. Eso es algo que entendieron muy bien los profetas del Antiguo Testamento. Y es eso precisamente lo que este autor busca compartir con nosotros en esta serie de exposiciones y prédicas. Con claridad y lujo de detalle explica las palabras incisivas de los profetas e ilumina el contexto en el cual las pronunciaron: nos pone a andar en sus zapatos y a ver su mundo a través de sus ojos. Pero insiste en que esa forma de mirar también la dirijamos hacia donde andan nuestros propios pasos.

Debemos contagiarnos de lo que ha escrito Darío López: “todos los creyentes son misioneros naturales empoderados por el Espíritu, cuya tarea indeclinable consiste en proclamar en todos los auditorios humanos lo que han visto y oído. Tienen un mensaje que les arde en el corazón, un mensaje liberador que ha transformado su vida, y un encargo misionero que no puede ser postergado ni subastado en ningún momento”³

Al leer este libro de Darío López uno no puede —y quizás no debe— dejar de notar cómo resuena con otros de sus libros.⁴ Este libro

Testamento o el anuncio apostólico en el Nuevo. Y precisamente por tratarse de un acto público, no se puede evitar la confrontación con la realidad.” (Samuel Escobar, *La predicación evangélica y la realidad peruana*. Boletín Teológico 18, 1985).

³ *La fiesta del Espíritu* (2006), p. 54.

⁴ Menciono aquí los que tengo a mano: *Pentecostalismo y transformación social* (2000); *Cuando Dios incomoda* (2005); *La fiesta del Espíritu* (2006); *Artisanos de la paz* (2006) y *La política del Espíritu* (2019).

sobre los profetas y su mensaje continúa y extiende las reflexiones y exhortaciones del autor acerca de nuestro testimonio cristiano en la sociedad.

Ciertamente corresponde agradecer a Darío López por su excelente trabajo y celebrar la oportuna publicación por parte de Ediciones Puma. Confío en que será un gran aporte para todos aquellos que anhelan ver, en la conducta y voz pública de los cristianos de hoy, un reflejo más genuino del “propósito del Dios de la Vida de una vida plena y justa para todas las personas”⁵.

Jim Breneman

⁵ Tomado del capítulo “El mensaje social y político de los profetas” de este libro.

Capítulo 1

El mensaje social y político de los profetas

...En ningún lugar la demanda por la justicia es más clara y más poderosamente expresada como en los profetas hebreos⁶

— Emil Brunner

...había terminado el primer curso de teología y comenzaba a leer los profetas.

Me impresionó que su sensibilidad con la justicia y la pobreza era mayor que la de muchos cristianos⁷

— José Sicre

¿Cuál fue el mensaje de los profetas hebreos? ¿Fue su mensaje una verdad pública o un discurso limitado al ámbito religioso de la vida, sin ninguna referencia a los problemas sociales y políticos de su entorno? Los profetas hebreos, como voceros del Dios de la Vida, desnudaron públicamente la religiosidad hipócrita, inhumana e insensible que caracterizaba a los que estaban en la cima del poder. Denunciaron que la injusticia, la explotación y opresión de los indefensos, la quiebra del derecho, la cosificación de los seres humanos eran pecados individuales y sociales que contradecían el propósito de Dios de una vida plena y justa para todas las personas.

⁶ Emil Brunner, *Justice and the Social Order*, New York-London: Harper & Collins, 1945, página 6.

⁷ José Sicre, “*Con los pobres de la tierra*”: *La justicia social en los profetas de Israel*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1984, página 13.

Fue a través de los profetas que Dios anunció juicio y castigo ejemplar para quienes habían infringido su ley, violentando el derecho de los pobres y de los indefensos, tratándolos como desperdicio social:

¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía, para apartar del juicio a los pobres, y para quitar el derecho a los afligidos de mi pueblo; para despojar a las viudas, y robar a los huérfanos! ¿Y qué haréis en el día del castigo? ¿A quién os acogeréis para que os ayude, cuando venga de lejos el asolamiento?... (Is 10.1-3).

Los profetas denunciaron públicamente la situación de injusticia en la que se encontraban los sectores sociales vulnerables e indefensos (huérfanos, viudas, extranjeros), precisando que los ricos y los poderosos eran los autores materiales de esa violencia en contra de la vida y la dignidad humana. En esa realidad de violencia, generada desde la cima del poder e impuesta verticalmente, profetas como Amós denunciaron las prácticas corrientes de injusticia y proclamaron la justicia divina:

Oíd esto los que explotáis a los menesterosos y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo? Jehová juró por la gloria de Jacob: No me olvidaré jamás de todas sus obras (Am 8.4-7).

La denuncia pública de Miqueas de Moreset no fue menos enérgica que la denuncia pública de Amós el profeta de Tecoa. Miqueas constató, describió y denunció la realidad de injusticia que campeaba en sus días con estas palabras:

Dije: Oíd ahora, príncipes de Jacob, y jefes de la casa de Israel: ¿No concierne a vosotros saber lo que es justo? Vosotros que aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les quitáis su piel y su carne de sobre los huesos; que coméis asimismo la carne de mi pueblo, y les desolláis su piel de sobre ellos, y les quebrantáis los huesos y los rompéis como para el caldero, y como carnes en olla. Entonces clamaréis a Jehová, y no os responderá, antes esconderá

de vosotros su rostro en aquel tiempo, por cuanto hicisteis malvadas obras [...] Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo el derecho; que edificáis a Sion con sangre, y a Jerusalén con injusticia. Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros. Por tanto, a causa de vosotros Sion será arada como campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa como cumbres de bosque (Mi 3.1-4, 9-12).

La enérgica denuncia de los profetas indica que realidades innegables, como el paulatino abandono de la ley de Dios, tuvieron como correlato una cruda situación de inmoralidad e injusticia que afectó especialmente a los pobres y a los indefensos. La clase dirigente los condenó al ostracismo social, tratándoles como cosas descartables. En esa situación de desprecio por la vida humana, presentando a Dios como el protector de los pobres y de los indefensos, los profetas denunciaron la conducta social voraz y la religión hipócrita de la clase dirigente con estas palabras:

¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada y opresora! No escuchó la voz, ni recibió la corrección, no confió en Jehová, no se acercó a su Dios. Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana. Sus profetas son livianos, hombres prevaricadores; sus sacerdotes contaminaron el santuario; falsearon la ley. Jehová en medio de ella es justo, no hará iniquidad; de mañana sacará a la luz su juicio, nunca faltará; (Sof 3.1-5).

La denuncia pública de Habacuc tuvo la misma textura profética:

¡Ay del que codicia injusta ganancia para su casa, para poner en alto su nido, para escaparse del poder del mal! Tomaste consejo vergonzoso para tu casa, asolaste muchos pueblos, y has pecado contra tu vida. Porque la piedra clamará desde el muro, y la tabla del enmaderado le responderá. ¡Ay del que edifica la ciudad con sangre, y del que funda una ciudad con iniquidad! (Hab 2.9-12).

Los profetas hebreos en su denuncia pública dibujaron y denunciaron el cuadro desgarrador de corrupción y violencia, explotación y

degradación moral, acaparamiento de tierras y de alimentos, injusticia y cohecho, ruptura del derecho, economía abusiva, usura y cosificación del ser humano (Is 1.21–23; 3.14–15; 5.22–23; 10.1–2; Am 2.6–8; 4.1; 5.11–13, 12; Mi 3.1–12; 6.6–12; Hab 1.1–3; 2.6–12).

Ese fue el contexto concreto de violencia y muerte en el que se encontraban los pobres y los indefensos de la sociedad, los vulnerables como las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Dios no se quedó en silencio, no fue indiferente o insensible, no permaneció impasible ante la realidad de injusticia urdida desde los centros de poder político, religioso y económico. Dios habló y actuó. Habló y actuó porque la injusticia y la impunidad no forman parte de su propuesta de justicia y vida plena para todos. Hablar y actuar, antes que ser impasibles, complacientes, indiferentes o cómplices, ¿no debería ser también, actualmente, nuestra práctica personal y colectiva? ¿No tendría que expresarse así nuestra ciudadanía plena como creyentes en el Dios de la Vida que es justo y ama la justicia? ¿Deberíamos callar ante las injusticias, la explotación, la corrupción y el abuso de poder tan frecuentes en nuestros países?

Misión y liberación

Jeremías 29.1–32

Introducción

Jeremías (*Yahvé exalta, Yahvé derriba o Yahvé establece*), que provenía de la aldea de Anatot (localizada 5 o 6 km al noreste de Jerusalén), formaba parte de una familia sacerdotal. Profetizó desde su llamamiento en el año decimotercero del reinado de Josías (626 a.C.) hasta la caída de Jerusalén (587 a.C.)⁸ e incluso unos años después (cf. Jer 40–44). Fue llamado para perturbar a los que tenían en sus manos el poder político, religioso y económico: “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar” (Jer 1.10).

Cumplió su ministerio profético inmerso en los eventos públicos de su tiempo. Cuando fue llamado para ser profeta habían ocurrido, en el antiguo Cercano Oriente, eventos sociales y políticos que rediseñaron el escenario político regional. El imperio asirio se había desintegrado, y Egipto y Babilonia, las dos potencias que emergieron en esa coyuntura histórica, luchaban entre sí por el predominio político regional. Jeremías fue testigo presencial de situaciones políticas críticas que culminaron con la derrota militar de Judá durante el reinado de Sedequías, la destrucción de Jerusalén y el desplazamiento forzado de cientos de judíos que fueron llevados cautivos a Babilonia (Jer 39.1–10, cf. Jer 52.1–30; 2Cr 36.11–21). Jeremías no fue llevado cautivo

⁸ Jeremías ejerció su ministerio profético durante los reinados de los cinco últimos reyes de Judá: Josías (640–609 a.C.), Joacaz (609 a.C.), Joacim (609–597 a.C.), Joaquín (597 a.C.) y Sedequías (597–587 a.C.).

a Babilonia, y después de la destrucción de Jerusalén, continuó su ministerio profético entre sus compatriotas que no fueron condenados al exilio y que permanecieron en Jerusalén.

Jeremías 29.1–32, un pasaje en el que se registra la carta que el profeta envió a los cautivos en Babilonia⁹, delinea varios temas clave relacionados con la misión del pueblo de Dios en una realidad de violencia y desarraigo, cautividad y desesperanza. ¿Cuáles son las lecciones que se derivan de este pasaje bíblico para la misión del pueblo de Dios en realidades históricas de violencia, desarraigo, desplazamiento forzado, cautividad social y política, y crisis de esperanza? ¿Es la liberación una experiencia humana que necesaria e inevitablemente tiene que responder a la violencia de los opresores con la violencia de los oprimidos? ¿Es la violencia la única salida que tienen los oprimidos?

Misión en un contexto de violencia

En su carta a los exiliados en Babilonia, Jeremías se sitúa en el contexto histórico concreto (594 a.C.) y aborda directamente la situación de desplazamiento forzado y desarraigo violento en el que se encontraban sus compatriotas en Babilonia, el centro del imperio dominante de ese tiempo: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia...” (Jer 29.4). Esta carta a los cautivos fue enviada desde Jerusalén (Jer 29.1) y en la misma, entre otros temas, se subraya la soberanía de Dios (“... que hice transportar de Jerusalén a Babilonia”), bajo cuya autoridad están las personas y los pueblos, incluso los pueblos paganos y los opresores.

La carta a los cautivos confrontaba y desnudaba públicamente a los falsos profetas; así había hecho Jeremías con Hananías cuando le dijo “...Ahora oye, Hananías: Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo” (Jer 28.15). Estos falsos profetas, a diferencia de Jeremías, aseguraban que el cautiverio duraría dos años y que los judíos regresarían pronto a la tierra de la que fueron arrancados con violencia

⁹ Es posible que en el capítulo 29 estén presentes cuatro cartas circuladas entre Jerusalén y Babilonia: una carta de Jeremías a los exiliados (Jer 29.1–15, 21–23), una carta de Semaías en Babilonia a Sofonías (Jer 29.25–28), una carta de Jeremías a Semaías (Jer 29.4), y una segunda carta de Jeremías a los exiliados (Jer 29.31–32).

Los profetas del Antiguo Testamento fueron, sin duda, hombres inspirados y con una clara conciencia de que Dios era quien les hablaba y se consideraban ser portavoces del Señor. Fueron también hombres públicos que en el cumplimiento del deber de transmitir la palabra de Dios estaban en contacto con la gente. Cumplían su función no en lugares de retiro o reflexión, ni en los espacios limitados del templo sino en la calle y en la plaza pública. Es decir, en los lugares donde las personas solían reunirse, donde el mensaje que anunciaban era necesario y la problemática humana era acuciante. El mensaje profético era pronunciado en contacto directo con la realidad social, económica, política y religiosa y con pleno conocimiento del discurso de los políticos, las intenciones de los gobernantes, el mundo lujoso de los poderosos, el clamor de campesinos pobres y la indiferencia de muchos sacerdotes.

El autor de este libro nos ofrece un atento y diligente estudio de una selección de mensajes de los profetas que fueron dirigidos tanto a los dirigentes como a todo el pueblo con la finalidad de confrontarlos en función del propósito de Dios para la vida humana. Convoca a los lectores a formar parte de una conversación sobre asuntos cruciales de la actualidad y movilizadora de la vocación profética y voz pública de las comunidades de fe.

Un mensaje que "arde en el corazón". Eso es algo que entendieron muy bien los profetas del Antiguo Testamento. Y es eso precisamente lo que este autor busca compartir con nosotros en esta serie de exposiciones y prédicas. Con claridad y lujo de detalle explica las palabras incisivas de los profetas e ilumina el contexto en el cual las pronunciaron: nos pone a andar en sus zapatos y a ver su mundo a través de sus ojos. Pero insiste en que esa forma de mirar también la dirigamos hacia donde andan nuestros propios pasos.

Jim Breneman
San José, Costa Rica



Darío López Rodríguez obtuvo su doctorado (PhD) en el Oxford Centre for Mission Studies, Oxford (Reino Unido), fue presidente del Concilio Nacional Evangélico del Perú (CONEP) en varios periodos, es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL), profesor de varias instituciones de Educación teológica en Estados Unidos, América Latina y El Caribe de habla hispana. Ha sido miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Bíblica Peruana, es pastor de la Iglesia Monte Sinaí en Villa María del Triunfo (Lima) de la Iglesia de Dios del Perú y autor de varios libros, entre ellos, *La misión liberadora de Jesús*, *La fiesta del Espíritu*, *La propuesta política del Reino de Dios*, *Pentecostalismo y misión integral* y *La política del Espíritu: espiritualidad, ética y política*.



ISBN 978-612-4252-37-2



9 786124 252372

Religión-Estudios bíblicos
-Antiguo Testamento